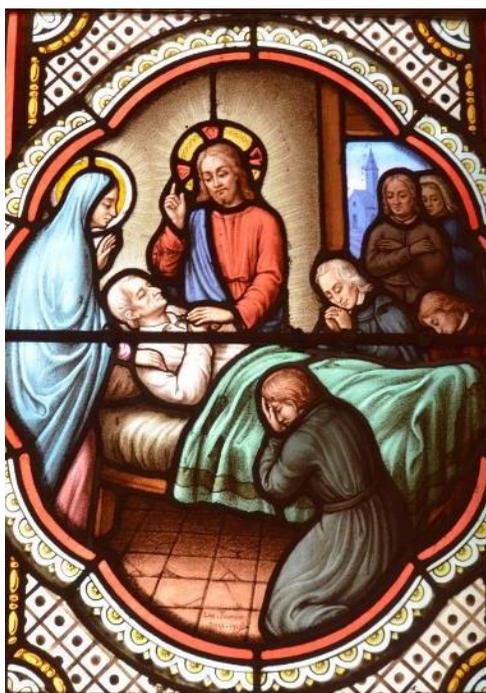




**“...Su gloriosa muerte fue como su vida.
Murió como vivió,
maduro para Dios voló al cielo,
murió el 28 de abril en el año del Señor 1716,
a los 43 años de edad”**



La muerte del santo. Vidral de Fournier, 1902. Basílica de Saint Laurent sur Sèvre

PARA CONOCERLO

La misión popular en la ciudad de Saint-Laurent se desarrolla eficazmente, según el ritmo habitual de las misiones de Luis de Montfort. Nada indica hasta qué punto se ha debilitado la muñeca del hombre que la conduce. Ya ha dado vida a las cofradías de las Vírgenes y de los Penitentes Blancos en la parroquia; ya ha elegido el lugar donde plantar la Cruz del Calvario al final de la misión. Y ahora se anuncia un acontecimiento feliz y solemne: monseñor de Champflour realizará una visita pastoral a Saint-Laurent el 22 de abril.

Luis se siente conmovido al acoger al obispo en su casa: se le ofrece una rara oportunidad de testimoniar lealtad y gratitud al pastor que le dio asilo y que fue para él, durante cinco años, un padre y un amigo. ¿Qué rumbo habría tomado la vida del padre de Montfort si no hubiera conocido a monseñor de Champflour?

Por la tarde está prevista la predicación del misionero en presencia de monseñor de Champflour: Luis no puede faltar. Sube los escalones del púlpito con pasos vacilantes que asustan a los fieles reunidos y habla: su voz débil encuentra poco a poco algo de su habitual plenitud: el tema elegido es la dulzura de Jesús.

Ahora el padre de Montfort descansa devorado por la fiebre, en la posada del "Roble Verde" donde, al llegar, los misioneros colocaron a la Providencia. El padre Renato Mulot le ordenó que dejara su cama de bultos y piedras para acostarse en una cama más acogedora, y él obedeció. Llega el médico, pero se muestra impotente ante esta agonía: el organismo, desgastado como un vestido usado, ya no reacciona. Las horas pasan lentamente para Luis, que sabe bien que esta vez ya no se levantará...

El 27 de abril, tras cuatro días en cama, Luis mandó llamar al padre Renato Mulot. Este hijo a quien el gran misionero confía su alma es ahora el hombre más cercano al corazón del padre de Montfort. Luis le toma la mano, con ese gesto fraternal que más de uno de sus colaboradores ha descrito, ese gesto que, sin palabras, tanto dice. Con la voz debilitada por una terrible pleuresía, ruega a Renato Mulot que **"continúe el trabajo"**: y el sacerdote comprende muy bien qué legado solemne pretende confiarle el moribundo. Perdido, protesta porque eso es imposible, se declara "sin fuerza ni talento". Pero la mano de Luis, ardiendo de fiebre y fuerte como la de un joven, estrecha la mano de Renato Mulot y le pronuncia unas palabras que su amigo

sacerdote nunca olvidará: «Ten confianza, hijo mío, ten confianza, rezaré por ti».

Saint-Laurent-sur-Sèvre sabe que Luis de Montfort no volverá nunca más a enseñar ni al confesionario. El 28 de abril, hacia las cuatro de la tarde, una pequeña multitud llorando se reúne a la puerta del misionero: piden volver a verlo para recibir su bendición. Luis oye ese zumbido y, sabiendo de qué se trata, insiste con dulzura: «Déjalos entrar». Tres veces la sala se llena de fieles a los que imparte la bendición, levantando humildemente el crucifijo: así hasta el final, muriendo la muerte precipitada del apóstol, Luis está entre los suyos, cerca de su pueblo.

El día primaveral se pone invadiendo con suaves rayos de sol el dormitorio de la "Providencia" donde se han reunido los amigos de Luis. Hacia las ocho de la noche, los nombres de Jesús y María se desvanecen de los labios del padre de Montfort.

(Cf. Benedetta PAPASOGLI, Montfort un hombre para la última iglesia)

LA PALABRA NOS GUÍA



Escuchen la Palabra del Señor del Evangelio de san Juan 12, 23-33

Jesús les respondió (a sus discípulos): «Ha llegado la hora en que el Hijo del hombre va a ser glorificado. Les aseguro que, si el grano de trigo que cae en la tierra no muere, queda solo; pero si muere, da mucho fruto. El que tiene apego a su vida la perderá; y el que no está apegado a su vida en este mundo, la conservará para la Vida eterna. El que quiera servirme que me siga, y donde yo esté, estará también mi servidor. El que quiera servirme, será honrado por mi Padre. Mi alma ahora está turbada, ¿Y qué diré:

«Padre, ¿líbrame de esta hora? ¡Sí, para eso he llegado a esta hora! ¡Padre, glorifica tu Nombre!». Entonces se oyó una voz del cielo: «Ya lo he glorificado y lo volveré a glorificar».

La multitud que estaba presente y oyó estas palabras, pensaba que era un trueno. Otros decían: «Le ha hablado un ángel». Jesús respondió: «Esta voz no se oyó por mí, sino por ustedes. Ahora ha llegado el juicio de este mundo, ahora el Príncipe de este mundo será arrojado afuera; y cuando yo sea levantado en alto sobre la tierra, atraeré a todos hacia mí». Jesús decía esto para indicar cómo iba a morir.

MEDITEMOS

del Salmo 16 (15)

El Señor es mi único bien

Protégeme, Dios mío, porque me refugio en ti.

Yo digo al Señor: «Señor, tú eres mi bien,
no hay nada superior a ti».

Ellos, en cambio, dicen a los dioses de la tierra:
«Mis príncipes, ustedes son toda mi alegría».

El Señor es la parte de mi herencia y mi cáliz,
¡tú decides mi suerte!

Me ha tocado un lugar de delicias,
estoy contento con mi herencia.

Bendeciré al Señor que me aconseja,
¡hasta de noche me instruye mi conciencia!

Tengo siempre presente al Señor:
él está a mi lado, nunca vacilaré.

Por eso mi corazón se alegra,
se regocijan mis entrañas
y todo mi ser descansa seguro:
porque no me entregarás la Muerte
ni dejarás que tu amigo vea el sepulcro.

Me harás conocer el camino de la vida,
saciándome de gozo en tu presencia,
de felicidad eterna a tu derecha.

HOY PARA MÍ

La muerte en nuestra cultura.

La muerte siempre ha sido mirada con respeto y miedo, porque es radicalmente contraria al instinto de conservación. Hoy, como fenómeno general, es objeto de atención y curiosidad; a veces se banaliza mostrándolo crudamente en la televisión. En cambio, se evita como tabú la discusión sobre la propia muerte y, por tanto, también la cuestión del significado de la propia vida. ¡Como si no nos tocara de cerca!

En cuanto al más allá, circulan muchas dudas. En nuestros países muchas personas, a pesar de creer en Dios, declaran que no creen en la eternidad, en la resurrección, en el paraíso, en el infierno. Nos preocupamos más por el sufrimiento, que suele preceder a la muerte, en lugar de las realidades que vienen después. Incluso se considera

preferible una muerte súbita e inconsciente. En cambio, el verdadero cristiano quiere ante todo hacer preciosa su muerte.

El cristiano teme a la muerte como todos los hombres, como el mismo Jesús. La fe no lo libera de la condición mortal. Sin embargo, sabe que ya no está solo. Obediente a la llamada final del Padre, asociado a Cristo crucificado y resucitado, consolado por el Espíritu Santo, el cristiano puede superar la angustia, a veces incluso transformándola en alegría. Puede exclamar con el apóstol Pablo: «*La muerte fue vencida. ¿Dónde, oh muerte, está tu victoria?*». (1Cor 15,54-55).

Entonces la muerte adquiere el significado de acto supremo de confianza en la vida y de amor a Dios y a todos los hombres.

El moribundo es una persona y morir es un acto personal, no sólo un hecho biológico. Se necesita, sobre todo, una compañía amiga, el apoyo de la fe, la esperanza y la caridad de los demás. El entorno más adecuado para morir, como para nacer, es la familia, no el hospital o el hospicio.

Al aceptar libremente la muerte para realizar el plan salvífico del Padre, Jesús la convirtió en el acto supremo de amor hacia el Padre y sus hermanos. Da a los creyentes la oportunidad de compartir con confianza su dedicación total.

(Del Catecismo de Adultos “La verdad os hará libres”, Conferencia Episcopal Italiana n. 1185, 1189 y 1190)

PREGUNTÉMONOS

- “Maduro para el cielo”: ¿qué mueven en mí estas palabras?
- ¿Qué me quedo, como regalo, de la vida y de las obras de San Luis María de Montfort?
- Al final de este camino, ¿qué dice a mí y a mi vida San Luis María de Montfort?



RECEMOS CON SAN LUIS

Oh Jesús, que al morir demostraste la ternura de tu corazón hacia tu Madre y a ella recomendaste a todos los discípulos en la persona de San Juan, te ruego que me coloques bajo su protección maternal y me des un corazón de hijo para honrarla y servirla por toda mi vida.

Oh Madre de misericordia, recuerda que tu Hijo en el árbol de la Cruz te recomendó mi alma. Muéstrale que eres buena Madre y que cuidas de mi salvación: muéstrate madre para todos.

Oh Jesús, que te hiciste completamente obediente a la voluntad del Padre, y cumpliste con tu muerte la obra de nuestra redención, concédeme la gracia de cumplir perfectamente todos tus santos deseos antes de mi muerte, para tu gloria y para mi mayor bien.

Oh Jesús, que antes de morir encomendaste tu espíritu en las manos del Padre, te ruego que recibas el mío en los brazos de tu

misericordia, en el último suspiro de mi vida. Escóndelo en el tabernáculo de tu amoroso corazón, en ese terrible momento en que estará en peligro de caer al abismo; defenderlo de los últimos ataques de los enemigos; Haz brillar sobre mí las maravillas de tu gracia, oh Señor, que salvas a todos los que en ti esperan. Guárdame como a la niña de tus ojos, contra aquellos que te resisten y tratan de destruir tu propósito de salvarme. A la sombra de tus alas escóndeme, ante los malvados que me oprimen.

(De “Preparación para una buena muerte” de san Luis de Montfort, 36, 39, 40).

**CENTRO DE COORDINAMIENTO
DE LA ESPIRITUALIDAD MONFORTIANA**

Via Villa Musone, 170 – 60025 Loreto (AN)

-ITALIA-

Coordinador: P. Efrem Assolari

Cell. +39 338 77 95 064

E-mail: effremo1955@libero.it